

sufren con paciencia y hasta con alegría por su querida Madre, y perseveran firmes hasta la muerte en su dulcísimo servicio. Otras muchas asociaciones hay de Hijas de María, ya en las casas de los PP. de la Compañía de Jesús, ya en las de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, ya en las casas de los Misioneros Hijos del Corazón de María, ya en las de los Salesianos; pero en ninguna de ellas se trata de solo las jóvenes doncellas, sino que abren sus puertas á todos los estados, y algunas á los dos sexos, juntando al pueblo cristiano al amor y servicio de la Virgen María.

Todas éstas la aman ciertamente, pues por su amor se afilian en sus banderas; pero las que hacen profesión de la virginidad y sacrifican los placeres del siglo, claro es que éstas la aman mucho, como dice la antífona del Oficio Parvo. Y todas han corrido tras el olor de sus unguentos, pues todos han sido atraídos por su dulzura, por sus bondades, por sus virtudes y sus excelencias.

VERSO 3.

Tráeme: tras de tí correremos al olor de tus unguentos.

Es la Esposa la que habla aquí al Esposo, en su nombre y en nombre de sus compañeras; por lo cual primero dice: «tráeme á mí»; y después añade, como hablando por sí y por las otras: «y tras de tí correremos.» Es la Iglesia, dicen los Santos Padres, que encantada de las gracias y la dulzura de Jesucristo que había nacido, le pide con instancia que la atraiga para gozar de sus delicias, y aun más para imitar sus ejemplos y sus virtudes. Y pide ser atraída, porque sabe que la naturaleza, sola, no puede ir á Dios, sino llevada por la gracia; por lo cual, Cristo decía: «nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trajere» (Joan. VI. 44); y principalmente cuando se trata de cosas arduas y elevadas, pues dice el mismo divino Maestro: «Si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo (Joan. XII. 32). Es, pues,

como si el alma dijera al Señor: «Tráeme, oh Dios mío, de los vicios á las virtudes; de la ignorancia á la fe; de la carne al espíritu; de la tibieza al fervor; del empiezo á la consumación; de lo fácil y pequeño á lo grande y difícil; del temor al amor; del deleite á la cruz y á la mortificación. Bien se echa de ver, que explicado de ese modo no conviene á la Virgen Inmaculada, en quien no hubo culpas, ni tibieza, ni pequeneces, sino que en todo y siempre fué pura, santa, fervorosa, consumada en las virtudes, y amantísima de la cruz y Madre de Dolores. Pero desde que sus ojos vieron al Niño Dios recién nacido; cuando se arrojó al pie del pesebre para adorarlo profundamente, ¡qué sentimientos tan dulces no experimentar! ¡qué expresiones tan tiernas y encendidas no le diría! «Tráeme, mi Señor y mi Dios, y mi Hijo y fruto de mi seno; tráeme, dueño mío, y sangre y carne mía; tráeme, oh mi ambilísimo Jesús; tráeme con tus divinos atractivos, Imán poderoso de mi corazón, y correré tras de tus inefables aromas; imitaré siempre y con la mayor

perfección tus divinas virtudes; tráeme, oh mi amado Jesús, y seré humilde como tú, que siendo Dios te has hecho Hombre en mis entrañas; pobre como tú, á quien se niega la posada y nada dices; víctima como tú, que desde al nacer comienzas á sacrificar por los hombres; encendida en caridad como tú, que fuego veniste á traer á la tierra, y nada quieres más que verlo encendido. Y no sólo yo correré con pasos agigantados tras el olor de tus ungüentos, sino que conmigo y tras de mí correrán mis siervos y devotos; las innumerables órdenes religiosas, los grupos numerosos de vírgenes en los claustros congregadas, y que me reconocerán por Patrona y por Madre; las Congregaciones en que florecerán los Gonzagas y los Kostkas y los Berchmans, y tantos otros; la Asociación consagrada á mi Concepción sin mancha y que cobijará bajo su sombra más de doscientas mil vírgenes en el seno de un mundo corrompido, combatirán bajo el estandarte de la humildad y la pureza, haciendo guerra al mundo y á la carne, y siguiendo como soldados fieles la

bandera de Jesús, tras de la cual siempre anduvo su Madre. «Tráeme, y tras de tí, correremos al olor de tus unguentos.»

María Santísima, aunque tan grande, tan bella y tan gloriosa, nada tiene por sí misma; como la luna que debe al sol su luz y su hermosura, así Ella todo lo debe al Señor que la crió, y la adornó de gracias y excelencias sobre toda criatura; y por eso el arcángel la saluda llena de gracia y unida con Dios, y por Dios bendita entre las mujeres, porque la gracia copiosísima de que fué colmada, la unión íntima con Dios á quien llevó en su seno, la bendición que la hizo Reina de su linaje, y aun de las gerarquías superiores, todo ello le fué graciosamente comunicado. Por eso dice á su amado: «Tráeme», porque sabe que á su contacto, á su atracción, á su acción divina y misericordiosa, debe su elevación y su grandeza. No la trajo Dios de la culpa á la gracia como á los hombres pecadores, sino de la gracia original á las gracias sucesivas, que con su cooperación perfectísima iba haciendo

crecer progresivamente y con aumento de multiplicación que llega á cantidades formidables, como tan bien lo explica Suárez y después de él el P. Pablo Señeri. (El devoto de María, cap. 3). Trájola el Señor de lo grande á lo mayor, á lo máximo, á lo inconmensurable: «Sus fundamentos se zanjaron sobre sus más altas montañas», como dice el Salmo 86, que la Iglesia le aplica en su Oficio Parvo; porque en el principio de su vida tuvo más gracia y santidad que los santos más levantados. Además de esto, como el Salvador anunció que al subir á lo alto todo lo atraería á sí mismo, bien podemos considerar que así como el imán atrae al hierro con tanta más fuerza cuando más cerca de sí lo encuentra, hallándose la dulcísima Virgen María tan cerca de su divino Hijo, que como dice San Juan, estaba junto á la misma cruz de Jesús, no hay duda que la atraería á sí de un modo maravilloso, y la uniría consigo, y con sus penas y dolores, de un modo que los mortales no podemos nunca llegar á comprender. Por eso ha dicho san Bernardo, que Jesús y María

formaban una sola víctima crucificada, porque todos los dolores que el Señor sentía en su carne adorable, María Santísima los sentía en su alma; que por eso se le anunció que había de ser traspasada con una espada. Por eso es Madre de Dolores, por eso los santos la llaman mártir, y aun más que mártir; y los fieles la aclaman Reina de los mártires; y quien quiera ser su verdadero siervo y devoto, menester es que corra en pos de ella tras el dolor de sus unguentos, es decir, tras de las virtudes y dolores de Cristo crucificado. No sólo debemos compadecer y venerar las penas y amarguras de nuestra buena Madre, sino correr tras Ella y con Ella al Calvario, visitar aquellas dolorosas estaciones que ella tanto visitaba después de la Ascensión de su Santísimo Hijo, y ser amigos de la cruz, guareciéndonos siempre debajo de ese árbol sagrado. Por eso dice Tomás de Kempis, que «no hay salud para el alma ni esperanza de la vida eterna sino en la cruz, y que no debemos buscar otro camino que el camino real de la cruz.» (*De imitat. Christi*, lib. II, cap. III).

Por ese camino fué llevada Nuestra Madre Inmaculada: á la cruz pidió ardentemente ser abrazada, y tras de ella quiere que á la cruz corran también sus hijos apresurados. «Traeme: tras de tí correremos al olor de tus unguentos.»

Introdujome el rey en su gabinete.

*Alegrarémonos y regocijarémonos
en tí, acordándonos de tus pechos mejores
que el vino.*

Aquí la Esposa llama Rey á su Esposo, no sólo porque es el Rey de su corazón y de sus afectos, sino porque verdaderamente reconoce y adora su dignidad real. Jesucristo es Rey verdadero é inmortal, cuyo reino no tendrá fin, como canta la Iglesia en el Credo; y en los Oficios del Corpus, de Todos los Santos y en el de difuntos, y otras muchas veces, gusta de hablarle, saludarle y pedirle como á Rey. Mas si el Esposo es Rey, es claro que la Esposa también es Reina; y por eso en la hermosísima antífona de la

Salve, que todo labio católico dirige con tanta frecuencia á la Virgen María, la llamamos justamente Reina y Madre; si bien, como dice San Bernardo, parece haber dejado el Señor para sí, el reinado y la administración de la justicia, reservando á su Santísima Madre el reinado de la Misericordia. Esta Reina, pues, clementísima, dice á las almas sus devotas, á sus siervas y á sus hijas: «Introdújome el rey en su gabinete.» ¿Qué gabinete podrá ser ese de que habla en esta frase? La palabra hebrea á que ésta corresponde, tiene muchas significaciones, lo que da lugar á varios y preciosos sentidos. Significa, pues, lo primero, una pieza ó aposento interior y reservado, donde no tienen entrada las visitas de etiqueta, sino sólo los más amigos y familiares; significa el aposento secreto donde se guardan tesoros y riquezas, escondiéndolas de todos los ojos, para dejarlas ver tan sólo de los íntimos y de confianza; significa las bodegas donde se guardan los vinos y licores, ó la despensa donde se tienen en preparación conservados los manjares y viandas para

servirlas á su tiempo. Conforme á esto, veamos lo que quiere decir la Inmaculada Virgen, cuando hablando con las almas, les dice: «Introdújome el Rey en su gabinete.» El gabinete es el lugar donde se tratan los negocios, donde se comunican los secretos y se saben las voluntades del soberano. Y por eso los Padres han entendido con San Ambrosio, que aquí se habla de los secretos misterios de la Encarnación del Señor, de su Pasión y Resurrección: «introdújola, dijo el santo Doctor, en todos sus interiores misterios, dióle las llaves para que se hiciese dueña de los tesoros de la ciencia de los Sacramentos, para que abriese de par en par las puertas hasta entonces cerradas, para que conociese la gracia de Cristo descansando el sueño de su muerte y la virtud de su resurrección.» Y aunque el santo habla de la Iglesia, y otros Padres entienden que fué introducida al conocimiento é inteligencia de las sagradas Escrituras, cámaras secretas donde el Rey mora, porque todas hablan de Jesucristo ó miran á Jesucristo; pero con muchísima espe-

cialidad y conveniencia se puede todo entender de la celestial Reina, introducida primero que todos, y más íntimamente que nadie, ya en el conocimiento de la Escritura, que leía continuamente y con luz divina entendía; ya en los grandes y secretos misterios de la Encarnación y Redención, en los cuales tuvo tanta parte. Así, cuando el Angel anunció á María aquel misterio, fué como introducirla al gabinete de los secretos del Rey eterno. En ese gabinete se trató el negocio más trascendental de todos los siglos: en aquel gabinete el embajador real vino á tratar, como de potencia á potencia, el asunto de la reparación del universo; y aquella humilde doncella que asume el nombre de esclava, es la Reina universal, que va á dar el consentimiento para aquel divino desposorio, en lugar (dice santo Tomás) de toda la naturaleza humana. ¡Qué grande, qué noble, qué sublime es la amable María en esas circunstancias! El Todopoderoso, sólo espera un *fiat* de su boca para descender al mundo y hacerse carne; la felicidad y la suerte del cielo y

de la tierra está pendiente de sus labios, y parece que todo se junta, los ángeles y los hombres, dice San Bernardo, para suplicarle que deje caer de su boca esa palabra para siempre bendita!

Y cuando María da á luz al niño en el portal de Belén, y le ve adorado de pastores y de reyes, «confiriéndolo todo en su corazón» (Luc. II. 19); y cuando escuchaba, como discípula atenta y aprovechadísima, las lecciones que por tantos años recibió de Jesús en Nazareth; y cuando al pie de la cruz meditaba los profundos misterios que encierra, y oía las palabras postreras de su Hijo, y cuando le miraba resucitado: ¿quién podrá dudar que la Reina era llevada al profundo conocimiento de todos esos Misterios, y que podría decir arrebatada: «Introdújome el Rey en su gabinete.»

Lo mismo puede asegurarse respecto del erario de sus tesoros; Dios quiso que todo louviésemos por María, ha dicho san Bernardo; y esta doctrina, antes contestada ó impugnada por algunos teólogos sombríos, fué abrazada con calor por el devotísimo San Alfonso María de Li-

gorio, y defendida muy á propósito de los sabios que la combatían; hoy, dicho-samente, que el amor á nuestra amada Madre se ha derramado como un torrente por todo el universo, no hay boca que no la publique, ni pluma que no la escriba, ni corazón que no la crea. Ella misma parece decírnoslo en esta frase: «Introdújome el Rey en la cámara de sus riquezas, dióme la llave de sus tesoros, hizomé dueña de todo, para que de todo disponga en vuestro favor. ¡Oh amados hijos! El todo lo puede con su omnipotencia, y yo todo lo puedo con mis súplicas; El se ha reservado el reinado de la justicia, y á mí me ha hecho Reina de amor y de misericordia.» Y así, «nos alegraremos, regocijaremos en tí, gran Dios y Señor nuestro, acordándonos de tus castos amores, más deliciosos que el vino de todas las humanas delicias.»

«Introdújome el Rey en sus bodegas.» La despensa que contiene las viandas, y las bodegas que guardan los vinos, significan los varios grados de contemplación á que Dios va introduciendo al alma y que Santa Teresa explica en

aquellas siete místicas moradas. Son como vinos generosos con que el alma, santamente embriagada, se olvida del mundo, pierde el conocimiento de las cosas terrenas, y se une á Dios con estrechez maravillosa. La Reina del cielo fué introducida más adentro que nadie en estas místicas bodegas; y si tanto asombro nos causa lo que leemos de Santa Teresa, de Santa Catalina de Sena, de la de Génova, de la Madre Margarita Alacoque, cuando el Señor les sacaba el corazón y lo metía dentro del suyo divino; cuando les hería con dardos de fuego; cuando les decía palabras tan regaladas que causan espanto, ¿qué no haría con su santa é Inmaculada Madre? ¿qué obsequios, qué regalos, qué caricias tan inefablemente tiernas en lo íntimo de su alma, no tendría con aquella criatura, obra maestra de sus manos, prodigio de su sabiduría, portento de su bondad y de su poder? Nó; no hay lengua que pueda decirlo, ni entendimiento que alcance á comprenderlo. Ni aun Ella misma, osamos decir, comprende en toda su extensión é intensidad lo que

Dios hizo con Ella; y por eso en su cántico se contenta con llamarlas «grandezas», *quia fecit mihi magna qui potens est*; y por eso convida á todas las almas á alegrarse y regocijarse con el recuerdo de estas finezas y caricias del Esposo, que la ha introducido á la bodega de vinos tan regalados y misteriosos. «Introdújome el Rey en sus bodegas»: «Alegráremos y regocijáremos en tí, acordándonos de nuestros amores mejores que el vino.»

El Abad Ruperto explica esto del misterio de la Visitación. Allí fué llevada María Santísima é introducida á la casa de Zacarías é Isabel, como en un lugar secreto donde el Señor había obrado é iba á obrar tantas maravillas; y allí cantó la Virgen el dulce cántico, en el cual su espíritu se regocijó en Dios su Salvador, que había obrado con Ella tan grandes cosas. Y así puede entenderse, pues la Santa Escritura es fecunda en místicas inteligencias.

También pensamos que estas palabras convienen mucho al misterio de la presentación de la Niña María, de tres á

cinco años de edad, en el templo. Allí fué el lugar de sus delicias: allí fué introducida en el santuario, que es el Gabinete del Esposo; allí entró al conocimiento de las Santas Escrituras que leía, á la bodega de los vinos, en su continua oración, y altísima contemplación á que el Señor la levantaba; al conocimiento de los misterios de la Redención, que tanto deseaba y pedía. Ese era el gabinete donde con el Esposo trataba; ese el erario donde se enriquecía; esas las bodegas del vino donde perdida de sí, vivía sólo para el Amado. Y por eso excita á su hijas á entrar con ella á esa mansión deliciosa.

¡El convento! El convento es el lugar más dulce y delicioso de la tierra; no en verdad por las delicias de los sentidos, sino por las del corazón y del espíritu. Llámánle los autores místicos el paraíso de la tierra. Todas las almas nobles y generosas suspiran por él, muchas veces sin conocerlo; y como es el teatro de las más preciosas virtudes, Satanás le hace una guerra tremenda: los novelistas é impíos se encargan de pintarlo como un lu-

gar de tristeza, de esclavitud y de tiránica sujeción; y así hacen que muchas almas tengan un horror grande á la vida religiosa. ¡Infames! mienten cínicamente; hablan de lo que no conocen y son emisarios del infierno. Pues, ¿por qué siguen buscando el convento tantas almas juveniles, á pesar de nuestras estúpidas leyes? ¿Por qué, invitadas á la *libertad* y al *bienestar* por la Revolución, ninguna cayó en sus redes? Si eran víctimas forzadas, ¿por qué no se escaparon de sus cárceles? Es porque la Virgen María las llama, las invita, las atrae; y por eso de su amada Asociación han salido y salen centenares de cándidas palomas, para acogerse á las cámaras reales, al gabinete secreto, á las bodegas del Rey eterno.

Alegrémonos y regocijémonos, y que rabien los impíos, y rujan en sus cavernas los demonios, mientras las nobles doncellas dicen á su Madre: «Traednos, y tras del Esposo correremos radiantes de alegría, tras el olor de sus unguentos!»

Mas sigamos con el divino Cantar. Continúa así:

Los rectos te aman.

En la lengua hebrea, con mayor énfasis se dice: «La equidad ó la rectitud te ha amado.» ¿Qué significa esa frase tan extraña? Explican los Doctores, que es como si la Esposa dijera: «los ánimos rectos, que tienen recto y sincero el gusto de la mente, y no depravado por el mal humor de la concupiscencia; los que todo lo miden con la recta intención y no con lo torcido de las pasiones, esos son los que te aman, pues tus amores son rectísimos, esto es, justísimos y equitativos, conformes en todo á la recta razón, á la ley y al Señor.» Pero si la rectitud es la caridad y la gracia, y lo torcido es el vicio y el pecado, síguese que á medida que el alma se aparte más y más del pecado, irá amando más y más al Señor; y si se llegase á encontrar una alma que estuviese entera y perfectamente apartada de todo pecado, esa amaría al Señor enteramente y con la mayor perfección. Pero esa alma ¿existe por ventura? ¿cuál es ella y dónde se la

002241

encuentra? «Si dijéramos que no tenemos pecado, engañámonos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros, dice el Apóstol San Juan (S. Juan, I. 8). Todos han pecado en Adán, dice San Pablo (Rom. III. 24.) Todos declinaron y se torcieron, dice David, y juntamente se hicieron inútiles. (Psalm. XIII. 3.) ¿Dónde estará, pues, esa equidad, esa rectitud que ama al Señor con toda perfección? No hay necesidad de decirlo: María fué concebida sin pecado; ni el original ni el actual vino á torcer jamás, ni en lo más mínimo, la rectitud de su alma; Ella, pues, es quien amó á Dios con toda perfección; y si por su humildad lo declara en persona de muchos, diciendo: «los rectos te aman», es porque habla de sus hijos y siervos, rectos por la inocencia como los Gonzagas y los Costkas, ó rectificadas por la penitencia, y unidos con Ella; pero siempre es cierto que la rectitud absoluta y la equidad perfecta, sólo en María se encuentran, y que por consiguiente, el final de ese verso, sólo á Ella de un modo único y singular le conviene: «Los rectos te aman.»

VERSO 4.

*«Negra soy, pero hermosa,
hijas de Jerusalén, como los tabernáculos
de Cedar, como las pieles de Salomón.»*

En el hebreo, al decir *negra*, la palabra de que se hace uso no significa una negrura completa como la de los etíopes ó negros africanos, sino quiere decir morena, ó trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Y no porque la Santísima Virgen haya sido precisamente de color moreno, si bien así lo han creído algunos autores, pues todo lo que habla el sagrado Cántico pertenece al sentido místico, y á las virtudes y prerrogativas de la Madre de Dios.

¿Qué se entiende, pues aquí, por el color moreno?

Hablando de la Iglesia, que es la Esposa del Señor, dicen los Padres y Doctores, como San Gregorio y San Jerónimo, que es como si exclamara la Iglesia de los gentiles: «Negra soy por la prece-

dente idolatría y por los crímenes que me manchaban; pero soy hermosa por mi conversión y por el santo bautismo, cuyas aguas lavaron todas mis manchas»; ó como dice San Ambrosio: «Morena soy por la culpa, hermosa por la gracia; morena por los vicios, hermosa por el baño (del bautismo); morena por haber pecado, hermosa por el amor que Cristo me tiene.» (Serm. 2. in. Psalm. CXVIII). Muy claro es que esta exposición no tiene cabida alguna en la Inmaculada Virgen, porque no habiendo habido jamás en Ella ni pecado actual, ni culpa original, en hablándose de pecados (como dice San Agustín), no puede tratarse de Ella en ningún modo. Pero como la palabra de Dios tiene tantas y tan distintas inteligencias, otros Santos Padres y Doctores la han explicado de modo que puede convenir á nuestra Reina y Señora. El mismo San Ambrosio, dice: «Negra soy por la fragilidad de la condición humana, hermosa por la gracia divina. (Lib. de his qui myster. initiant. cap. VII); y San Agustín: «negra por la naturaleza, hermosa por la gracia.» (Serm. 201. De temp.)

Porque es de saber, que como el hombre fué formado de barro, siempre debe acordarse que es polvo y que en polvo tiene que convertirse. Aun de nuestro Señor Jesucristo consta por el Apóstol (Hebr. II) que deben entenderse las palabras de un Salmo, en donde, hablando del Mesías, dice á Dios el Salmista: «Le has disminuído un poco menos que los ángeles; de gloria y honor le has coronado» (Psalm. VIII. 6), pues revestido el Verbo eterno de la naturaleza humana, quedó hecho verdadero hombre, y como tal, inferior á los ángeles; porque como bellamente explica ese lugar Santo Tomás, «la humana naturaleza, siendo espíritu enlazado con la materia, es inferior á la pura naturaleza angélica que no lo está.» Y así también, la Virgen María, comparada con los ángeles, tan sólo en cuanto á la naturaleza humana, es inferior á ellos (pues por lo demás sabemos que es su Reina), y por eso puede decir: «Trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén; ángeles puros, ministros del Señor é hijos de la Jerusalén celestial, trigueña soy por la naturaleza humana, inferior á la vuestra;

pero hermosa por la inundación de gracias que me han hecho Reina del universo, y de los ángeles, y de los hombres.» Como la Iglesia, es negra por la fragilidad de la condición humana; hermosa por la gracia que le dió su divino Fundador; negra por la ruindad de la humana naturaleza, pero hermosa por los dones y privilegios de que Dios quiso colmarla tan abundantemente.

Nota también el Abad Ruperto, que esto puede decirse de varios misterios y circunstancias de la Vida de la Santísima Virgen: pareció negra, cuando á Señor San José se le mostraron las señales de la maternidad en ella; pero la vió hermosa, cuando el ángel le manifestó la grandeza del misterio obrado en su seno, negra por haberse ido á purificar á los cuarenta días de su virginal parto, apareciendo madre como todas las madres; pero hermosa por dentro, por su misma profundísima humildad, virginal pureza. Y así podremos discurrir por otros pasos de la vida de la Inmaculada Reina; pues apareció negra cuando tuvo que huir como un criminal de la persecución de He-

rodes; pero hermosa por su paciencia y constancia en el destierro y pobreza; negra, cuando en el templo su divino Hijo le dirigió aquellas palabras, al parecer duras: «¿por qué me buscábais? ¿no sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?» pero hermosa cuando el divino Niño se volvió con ella y le vivió sujeto: negra, cuando en las bodas de Caná él le dijo: «¿qué á mí y á tí, mujer?» y hermosa cuando á su indicación, hizo su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Y lo mismo podríamos aplicar á la Santísima Virgen cuando al pie del madero de la cruz sufría inexplicables dolores; pues en la sagrada Escritura, así como por la luz se significa la alegría y la prosperidad, así por la negrura y obscuridad se significa todo lo adverso, los dolores y los trabajos; de suerte que en esas horas de inefables sufrimientos, bien pudo decir á las santas mujeres que la acompañaban, ó á los santos ángeles que admiraban su constancia: «Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén»; la negra culpa de los mortales ha clavado á mi Jesús en este leño, le ha

quitado su esplendor y su hermosura; el más hermoso de los hijos de los hombres, ahora parece gusano y no hombre; la gloria de los ángeles se ha trocado en oprobio de los hombres, y la delicia del cielo en abyección del pueblo, ¡qué mucho que la Madre participe de las ignominias del Hijo! ¡qué mucho que las tinieblas cubran mi semblante, si el Sol divino, lo mismo que el sol material, se ha oscurecido! ¡qué mucho que el llanto haya irritado mis ojos y descompuesto mi semblante! morena soy, pues, pero hermosa, hijas de Jerusalén.» Así, la Santísima Virgen parece que dice á sus devotos según un doctor: «Negra soy ahora, porque conviene que con mi Hijo despreciado, sea yo despreciada, y con él reputado leproso, sea yo también leprosa reputada.» Y así como entonces, no sólo el sol se oscureció, sino que también la luna se mostró enrojecida, así el Sol divino, Cristo, se oscureció por la muerte; y María, la luna hermosa, perdió su luz y enrojeció su semblante con el dolor y las lágrimas. Y todo esto es muy digno de considerarse en los misterios dolorosos

del Santísimo Rosario; pero muy particularmente en el último de la Crucifixión, cuando la Virgen santísima, llena de dolor, estaba al pie de la cruz, como todavía lo veremos adelante.

En cuanto á la comparación que se añade: «como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón», se ha de entender de las tiendas de los cedarenos levantadas en los desiertos y ennegrecidas por el polvo y tostadas con los rayos del sol, y de las pieles ricas y hermosísimas que servían de adorno en el palacio del Rey Salomón; por lo cual Cedar significa el destierro y la negrura de este mundo; y las tiendas movedizas, nuestra vida inconstante. Las pieles de Salomón, Rey de paz, indican la hermosura de la Jerusalén celestial, visión de paz y palacio del verdadero Salomón, Jesucristo nuestro Señor.